

www.elboomeran.com

Nikolái Liliñ

EDUCACIÓN SIBERIANA

Traducción del italiano de
Juan Manuel Salmerón

 salamandra

Título original: *Educazione siberiana*

Imagen de la cubierta: Stefano Fusaro, *Kolima*, 2009

Copyright © *Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino, 2009*
Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2010*

Los dibujos que aparecen en el texto son detalles de los tatuajes originales, obra del autor.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-272-3
Depósito legal: B-23.985-2010

1ª edición, marzo de 2010
2ª edición: mayo de 2010
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

«Unos gozan la vida, otros la sufren,
nosotros la combatimos.»

ANTIGUO PROVERBIO
DE LOS URCAS SIBERIANOS

Contenido

Sé que no se hace	11
La gorra de ocho triángulos y la navaja automática.....	15
Cuando la piel habla.....	79
Boris el maquinista.....	100
El día de mi cumpleaños	106
Cárcel de menores	215
Xiusa	240
Caída libre.....	329

Sé que no se hace

Sé que no se hace, pero estoy tentado de empezar por el final.

Por aquel día que recorríamos las habitaciones de un inmueble en ruinas disparando contra el enemigo casi a bocajarro, por ejemplo.

Estábamos agotados. Los paracaidistas se relevaban, pero nosotros, los saboteadores, llevábamos tres días sin dormir. Seguíamos adelante como las olas del mar, para evitar que el enemigo descansara, maniobrara, se organizara contra nosotros; combatiendo, siempre combatiendo.

Aquel día Zapato y yo subimos al último piso para inutilizar la última ametralladora pesada y lanzamos dos bombas de mano.

En medio del polvo que caía del techo e impedía ver nos hallamos frente a cuatro enemigos que, al igual que nosotros, daban vueltas como gatitos ciegos en una nube de polvo grisáceo, sucio, que olía a escombros y humo.

Allí en Chechenia nunca había disparado tan de cerca contra nadie.

A todo esto, en la primera planta, nuestro capitán había hecho un prisionero y abatido a ocho enemigos él solo.

Zapato y yo salimos del edificio completamente aturridos. El capitán Nosov estaba ordenando a Mosca que vigilara al prisionero árabe mientras él, Cucharón y Cenit bajaban a inspeccionar el sótano.

Me senté en la escalera junto a Mosca y frente al árabe que, asustado, intentaba decir algo. Mi compañero no lo escuchaba, estaba rendido y se caía de sueño, como todos. En cuanto el capitán se dio media vuelta, Mosca sacó la pistola del chaleco, una Glock austríaca, uno de sus trofeos, y con expresión desdenosa le pegó dos tiros, en la cabeza y el pecho.

El capitán se volvió y sin decir nada lo miró con pena.

Mosca se sentó junto al cadáver y, acometido de un repentino desfallecimiento, cerró los ojos.

El capitán se quedó mirándonos como si sólo entonces nos reconociera de verdad y dijo:

—Muchachos, ya está bien. Todos a los coches, a retaguardia a descansar.

Uno tras otro, como zombis, echamos a andar hacia los vehículos. Sentía la cabeza tan cargada que, si me hubiese detenido, estoy seguro de que me habría estallado.

Dejamos el frente y volvimos a la zona que nuestra infantería tenía controlada. Nos dormimos al instante, no tuve tiempo de quitarme el chaleco ni las bolsas atadas al cinturón, caí como un muerto.

Al poco me despertó Mosca dándome en el pecho del chaleco con la culata del Kaláshnikov.

Abrí los ojos despacio, con desgana, y miré a un lado y otro; no recordaba dónde estaba ni lograba enfocar la mirada.

Mi compañero tenía cara de cansancio y masticaba un trozo de pan. Fuera estaba oscuro, era imposible saber la hora. Consulté el reloj pero no veía los números, todo parecía envuelto en niebla.

—¿Qué pasa? ¿Cuánto hemos dormido? —pregunté a Mosca con voz fatigada.

—Hemos dormido un huevo, hermano... Y creo que ahora nos tocará estar despiertos un buen rato.

Me llevé las manos a la cara, quise cobrar fuerzas para levantarme y empezar a pensar. Necesitaba dormir más, no podía con mi alma. Tenía el uniforme sucio y húmedo, el chaleco apestaba a tierra y sudor, estaba hecho un guñapo.

—Arriba, tíos, en marcha... Que nos necesitan —dijo Mosca, tratando de despertar a los demás.

Estaban todos extenuados, no querían levantarse. Pero entre quejas y maldiciones acabaron poniéndose en pie.

El capitán Nosov se paseaba con el auricular pegado a la oreja, acompañado de un soldado que, con la radio de campo a cuestas, lo seguía como un animal doméstico. Enfadado, repetía a alguien por el auricular que era el primer descanso que nos tomábamos en tres días, que estábamos exhaustos. Fue en vano, pues de pronto, con una voz que parecía tabletear, Nosov dijo:

—¡Sí, mi coronel! ¡A sus órdenes, mi coronel!

Es decir, que nos mandaban de nuevo al frente.

No quise ni pensarlo.

Me acerqué a un bidón lleno de agua que había allí y metí las manos: estaba fresquísima y sentí un escalofrío. Hundi la cabeza y, conteniendo la respiración, la mantuve sumergida.

Abrí los ojos y lo vi todo oscuro; me asusté, saqué de prisa la cabeza y respiré hondo.

Aquella oscuridad me produjo una extraña impresión; me dije que así podía ser la muerte, algo oscuro y sin aire.

Me quedé contemplando el interior del bidón, donde vi oscilar mi reflejo mientras pensaba en lo que había sido mi vida hasta ese momento.

La gorra de ocho triángulos y la navaja automática

En Transnistria, febrero es el mes más frío. Sopla un fuerte viento y el aire es tan helado que casi escuece la cara; la gente va por la calle abrigada como una momia y los críos, enfundados en mil prendas y con bufandas que les llegan a los ojos, parecen muñecos.

Nieva mucho, los días son cortos y oscurece muy pronto.

Vine al mundo ese mes. Era tan poca cosa que en la antigua Esparta me habrían eliminado sin dudar. En cambio, me metieron en una incubadora.

Nací un mes antes de lo debido y salí con los pies por delante, aunque en mí había muchas más cosas irregulares. Una amable enfermera le dijo a mi madre que debía hacerse a la idea de que yo no viviría mucho. Mi madre lloraba mientras un aparatito le extraía la leche que habían de darme en la incubadora. No debió de ser un momento feliz para ella.

Desde mi nacimiento, y quizá por costumbre, he dado innumerables disgustos y privado de muchas alegrías a mis padres (a mi madre, mejor dicho, porque mi padre pasaba de todo, hacía su vida criminal, robaba bancos y permanecía mucho tiempo en la cárcel). No sé las trastadas que haría de niño. Pero es natural, me crié en un barrio de mala fama donde se establecieron los criminales expulsados de Siberia en los años treinta; vivía en Bender entre ellos, y los habitantes de mi criminalísimo barrio formábamos una gran familia.

De pequeño los juguetes no me interesaban. Mi diversión a los cuatro o cinco años era pasearme por casa esperando a que mi abuelo o mi tío desmontaran y limpiaran las armas; lo hacían con gran esmero y cariño, y muy a menudo, pues tenían muchísimas. Mi tío decía que las armas son como las mujeres, que si no las acaricias bien se te traban y te traicionan.

En mi casa, como en los demás hogares siberianos, las armas se guardaban en sitios muy concretos. Las pistolas «propias», esto es, las que los criminales siberianos llevan siempre encima y usan a diario, se dejan en el estante del llamado «rincón rojo», que es donde se cuelgan los iconos de la familia así como las fotos de los parientes muertos y de los que están en la cárcel. Dicho estante se halla cubierto con una tela roja y en él siempre hay varios crucifijos siberianos. Cuando un criminal entra en una casa, enseguida se dirige al rincón rojo, deja la pistola en el estante, se santigua y coloca un crucifijo encima. Esta antigua tradición garantiza que en los hogares siberianos no se usen armas; de lo contrario, sería imposible seguir viviendo en la casa en cuestión. El crucifijo es una especie de sello que sólo se quita cuando el criminal abandona la casa.

Las pistolas propias, llamadas «amante», «tía», «tronco», «cuerda», no significan gran cosa ni tienen mucha importancia, son simples armas, no objetos de culto como la «pica», la navaja tradicional; son, en definitiva, instrumentos del oficio.

Además de las pistolas propias, en las casas de los criminales siberianos hay otras armas, divididas en dos grandes categorías: las «honestas» y las «pecaminosas». Son «honestas» las que solamente se emplean para cazar en el bosque. Según la moral siberiana, la caza es una práctica purificadora que devuelve al ser humano a la condición en que se hallaba cuando Dios lo creó. Los siberianos nunca cazan por placer, sino para alimentarse, y solamente en los bosques de su patria, en la taiga. No practican la caza en lugares donde puede conseguirse comida sin matar animales salvajes. En una semana de cace-

ría en el bosque, los siberianos no suelen matar más que un jabalí; se pasan el tiempo caminando. En esta práctica no cabe otro interés que el de la supervivencia, circunstancia que influye profundamente en la ley siberiana y constituye un fundamento moral de humildad y sencillez, así como de respeto a la libertad de cualquier ser vivo.

Las armas honestas que se usan para cazar se guardan en un lugar especial llamado «altar», junto a los cinturones historiados de los dueños de la casa y sus antepasados. De estos cinturones siempre penden cuchillos de caza y bolsas con talismanes, objetos mágicos del paganismo siberiano.

Las armas pecaminosas son las empleadas con fines criminales. Suelen guardarse en el sótano y en escondites en el patio. Todas las armas pecaminosas llevan grabada en algún punto la imagen de una cruz o un santo, y han sido «bautizadas» en iglesias siberianas.

Las armas preferidas de los siberianos son los fusiles de asalto Kaláshnikov. En jerga criminal, cada modelo, calibre y tipo de munición reciben un nombre, y no se usan abreviaturas ni siglas. Por ejemplo, el viejo AK 47 calibre 7,62 se denomina «sierra», y sus proyectiles, «cabecillas». El más moderno AKS calibre 5,45 con culata plegable se llama «telescopio», y sus balas, «astillas». También las diversas clases de proyectiles tienen nombres jergales: los de cabeza negra con el centro desequilibrado se llaman «chichas»; los de cabeza blanca capaces de perforar vehículos blindados, «clavos»; los de cabeza blanca y roja, explosivos, «chispas».

Lo mismo vale para el resto de las armas: los fusiles de precisión se llaman «caña de pescar» u «hoces», y si llevan silenciador integrado, «látigo». Los silenciadores se denominan «zapatón», «terminal» o «gallo del bosque».

Según la tradición, las armas honestas y las pecaminosas no pueden estar en la misma estancia; en caso contrario, el arma honesta se contamina y ya no puede usarse jamás, pues trae mala suerte a la familia. Entonces hay que destruirla siguiendo un ritual específico: se la entierra envuelta en una sá-

bana sobre la que haya dado a luz una mujer. Según las creencias siberianas, todo lo relacionado con el parto está cargado de energía positiva, porque los recién nacidos son puros y se hallan libres de pecado. Se cree que la pureza tiene el poder de conjurar la desgracia. Allí donde se entierra un arma contaminada se planta un árbol, para que, si la maldición se activa, destruya el árbol y no se extienda.

En casa de mis padres había armas por todas partes, mi abuelo tenía un cuarto lleno de las de tipo honestas: fusiles de varios calibres y marcas, cuchillos y munición de diferentes clases. Sólo podía entrar allí acompañado de un adulto, y una vez dentro procuraba quedarme todo el tiempo posible. Cogía las armas, las examinaba de arriba abajo y hacía tantas preguntas que al final me decían:

—¡No preguntes más! Ten paciencia, cuando seas mayor podrás probarlas todas...

Y, claro está, estaba deseando ser mayor.

Miraba encantado a mi abuelo y mi tío manejando las armas, y al tocarlas me parecían criaturas vivas.

Mi abuelo me llamaba a menudo, me sentaba enfrente de él y, poniendo sobre la mesa una vieja Tókarev, pistola bonita y potente, que se me antojaba el arma más fascinante del mundo, me decía:

—¿Ves esta pistola? Pues no es una pistola normal, sino mágica. Cuando ve a un policía cerca le dispara sola, sin que haya que apretar el gatillo...

Como yo creía realmente en los poderes de aquella arma, una vez que los policías hicieron una redada en casa monté una buena.

Ese día mi padre acababa de regresar de un largo viaje a Rusia central, donde había estado desvalijando furgones blindados. Habíamos cenado toda la familia y algunos amigos íntimos, los hombres seguían sentados a la mesa hablando de asuntos criminales y las mujeres estaban en la cocina fregando los pla-

tos mientras entonaban canciones siberianas y recordaban entre risas historias pasadas. Estaba sentado junto a mi abuelo en el banco, bebiendo una taza de té caliente y escuchando a los adultos. A diferencia de lo que sucede en otras comunidades, en la siberiana los niños son respetados y se conversa en su presencia de cualquier tema, sin misterio ni reserva.

De pronto oímos gritar a las mujeres, y luego voces nerviosas; y en unos segundos la casa se llenó de hombres con la cara tapada que nos apuntaban con Kaláshnikov.

—¿Tú qué miras, puto viejo? ¡Te digo que mires al suelo!
—gritó uno de ellos con voz de loco, acercándose a mi abuelo y apuntándolo con el fusil.

Yo no estaba asustado, aquellos hombres no me daban miedo: el hecho de estar con toda la familia me infundía valor y me sentía el ser más fuerte del mundo. Pero me irritaba el modo como aquel hombre trataba a mi abuelo. Los policías habían rodeado nuestra mesa y nos encañonaban con sus armas. Al cabo de unos segundos mi abuelo, sin mirar al policía pero con la cara bien alta, llamó a mi abuela:

—¡Svetlana! ¡Svetlana! Ven un momento, querida, que has de transmitir unas palabras mías a esta basura...

Según las normas de conducta criminales, un siberiano no puede hablar con un policía. Le está prohibido dirigirle la palabra, contestar a sus preguntas y tener cualquier trato con él. El criminal debe comportarse como si los agentes no existiesen, y usar de intermediaria a una mujer de la familia o próxima a ella, siempre que sea de origen siberiano. El delincuente comunica a la mujer lo que quiere decir en lengua criminal, y ella lo repite en ruso al policía, aunque éste lo haya entendido todo perfectamente. Cuando el agente responde, la mujer se vuelve y lo traduce de nuevo en nuestra lengua. El criminal no debe mirar al policía a la cara, y si lo menciona debe referirse a él en términos despectivos como «basura», «perro», «gallina», «cobarde», «bastardo», «aborto»...

Aquella noche el más anciano del cuarto era mi abuelo: a él correspondía, según las normas de conducta criminales, el

derecho de hablar; los demás debían permanecer callados o, si querían intervenir, pedirle permiso. Mi abuelo era bien conocido por su talento para resolver situaciones críticas.

Entretanto mi abuela, trapo de colores en mano, había acudido de la cocina. Detrás de ella, mi madre, agitadísima, miraba a mi padre con aire acongojado, como si estuviera muriéndose.

—Esposa querida, que Dios te guarde, dile a este mierda que en mi casa, mientras yo viva, nadie estará amenazando con un arma, ni a mí ni a mis amigos... Pregúntale qué quieren y, por amor de Dios, que bajen esos chismes, o alguno saldrá agujereado de aquí.

Mi abuela repitió al policía las palabras de mi abuelo y, aunque el agente había asentido con la cabeza dando a entender que lo había entendido, ella, por respeto a la tradición, no calló hasta que lo hubo traducido todo. Era una especie de recitado, de teatro, pero había que terminar la representación por pura dignidad criminal.

—¡Al suelo! Tenemos una orden de arresto contra...

El policía no pudo acabar la frase porque mi abuelo, con una sonrisa amplia y un tanto maligna, es decir, con su sonrisa habitual, lo interrumpió.

—¡Por los clavos de Cristo, que murió y resucitó por nosotros, pecadores! —dijo a mi abuela—. Svetlana, cariño, pregunta a esta estúpida y a sus amigas si es que vienen de Japón.

Mi abuelo se había referido a los policías en femenino, que es el recurso que los delincuentes usan para humillarlos. Todos los criminales soltaron una carcajada.

—No me parecen japoneses, o sea que no tienen madera de kamikazes... —prosiguió mi abuelo—. ¿Por qué creen que pueden presentarse armados en pleno Río Bajo e irrumpir en casa de un criminal honesto que está compartiendo unos momentos de alegría con otra buena gente?

Las palabras de mi abuelo estaban convirtiéndose en lo que los criminales llaman «canción», es decir, en esa última forma de comunicación con los policías que consiste en ha-

blar el criminal como si estuviese razonando para sí. Expresaba en voz alta lo que pensaba sin cuidarse de contestar posibles preguntas ni de mantener contacto alguno. Se procede así cuando se quiere demostrar al policía que se está diciendo la pura verdad y que no existe escapatoria.

—¿Por qué veo gente deshonesto con la cara tapada? ¿Por qué viene esta presencia oscura a deshonestar mi casa y la buena fe de mis familiares y amigos? ¿Por qué acuden estos hijos de Satanás a este barrio de gente sencilla y humilde, sierva de Nuestro Señor y de la Madre Iglesia ortodoxa siberiana, y hieren el corazón de nuestras amadas esposas y queridos hijos?

Entretanto había entrado un policía y le había dicho a su superior:

—Mi capitán, con su permiso...

—Diga —repuso el otro, un hombre bajo y macizo con una voz que parecía proceder del más allá. Apuntaba con el fusil a la nuca de mi padre, quien con cínica sonrisa seguía bebiendo su té y masticando con no poco ruido los caramelos de nuez hechos por mi madre.

—¡Estamos rodeados de gente armada, han bloqueado todos los accesos y tienen de rehén a la patrulla que vigilaba los vehículos!

En la estancia se hizo el silencio, tan tenso y prolongado que sólo se oían dos ruidos: el que hacía mi padre al mascar los caramelos y el leve silbido que producían los podridos pulmones de mi tío Vitali.

Miré el rostro de un policía que tenía cerca: por los orificios de la capucha vi que estaba pálido y sudaba. Me recordó la cara de un cadáver que mis amigos habían sacado del río meses antes: de piel blanquísima, las venas se le veían negras y los ojos parecían dos hoyos profundos y sucios. Y en la frente tenía un orificio: le habían disparado en la cabeza. Aquel policía no tenía ningún agujero, pero creo que en ese momento los dos pensamos lo mismo: cómo le quedaría una buena brecha en la frente. Esta idea no me causaba impresión alguna, pero en cambio mi encapuchado parecía muy preocupado.

En esto se abrió la puerta de la calle y seis hombres, uno tras otro y desplazando bruscamente al policía que acababa de dar el fatal parte, irrumpieron en la estancia, todos amigos de mi padre y mi abuelo. El primero era el tío Viga, guardián de nuestra zona; los otros, sus ayudantes más cercanos. Mi abuelo, haciendo ya caso omiso de los agentes, se levantó y fue a recibir a los recién llegados.

—¡Por santo Cristo y por todos los parientes benditos! —exclamó Viga, abrazando a mi abuelo y estrechándole la mano con afecto—. ¡Abuelo Boris, gracias al cielo que todos estáis bien!

—¡Ya ves qué tiempos, Viga! ¡No puede uno estar tranquilo ni en casa!

Mi tío empezó a referir a mi abuelo lo ocurrido, aunque en realidad se dirigía a los policías:

—¡Pero no desesperemos, abuelo Boris! Aquí estamos todos contigo como siempre, en los buenos y en los malos momentos... Sabes, mi querido amigo, que sin nuestro permiso nadie entra ni sale del barrio, menos aún si trae malas intenciones... —Se acercó a la mesa y uno tras otro fue saludando a todos los criminales, besándolos en la cara y expresándoles el típico deseo siberiano—: ¡Paz y salud a todos los hermanos y hombres honestos!

—¡Muerte y maldición a los policías y los cobardes! —contestaban ellos, como manda la tradición.

Los agentes no podían sino asistir impotentes a aquella emocionante salutación, con los fusiles bajados y abatidos.

Los ayudantes de Viga, por intermediación de las mujeres, instaron a los policías a abandonar la casa.

—Esperemos que ahora los polis aquí presentes abandonen este hogar y no vuelvan nunca jamás. Tenemos a sus compañeros, a los primeros que cogimos, y no los soltaremos hasta que hayan salido del barrio... —explicó Viga en tono plácido y reposado, tanto que de no ser por lo que decía se habría creído que estaba contando un cuento o una fábula para dormir a un niño.

Los agentes estaban aterrados, por la ventana veían el patio lleno de gente armada hasta los dientes.

Nuestros amigos les hicieron pasillo y uno tras otro empezaron a desfilarse cabizbajos.

Yo no cabía en mí de alegría, me daban ganas de bailar, gritar, cantar, expresar algo importante que no acababa de entender. Sentía que pertenecía a un mundo fuerte y toda la fuerza de ese mundo crecer en mi interior.

Y sin saber ni cómo ni por qué, salté del banco y corrí como una exhalación a la sala de estar, al rincón rojo. En el estante, sobre un pañuelo carmesí con bordados de oro, vi las pistolas de mi padre, mi tío, mi abuelo y los invitados. Sin pensármelo, eché mano de la mítica Tókarev de mi abuelo y corrí detrás de los policías apuntándolos. No sé exactamente qué me pasaba por la cabeza en aquel momento, sólo que experimentaba una especie de euforia, de gozo de vivir. Los policías iban saliendo despacio. Me planté delante de uno y lo miré a la cara: tenía los ojos cansados y como inflamados, una mirada triste, desolada. Recuerdo que por un instante sentí sobre mí el peso de su odio. Lo miré a la cara y apreté el gatillo con todas mis fuerzas, pero no logré desplazarlo ni un milímetro. La pistola me pesaba cada vez más y me costaba sostenerla en alto.

—¡Ven aquí, pie descalzo! ¿No sabes que en casa no se dispara? —me dijo mi padre, echándose a reír.

Los policías salieron y fueron escoltados por un grupo de criminales hasta los confines del barrio. Cuando la escolta volvió, también el coche de los policías rehenes partió, precedido, eso sí, por otro conducido por hombres de Viga que rodaba despacio para que los policías no pudieran acelerar y la gente los increpara a voluntad mientras los acompañaban a las afueras del barrio en una especie de desfile de la victoria. Alguien había atado a la trasera del coche policial una cuerda que arrastraba todo tipo de prendas interiores: bragas, calzoncillos, sujetadores, toallas, trapos y hasta una camiseta, contribución de mi padre a la obra denigratoria. Una multitud había salido de sus casas para contemplar aquel espectáculo de

serpenteante ropa íntima, y los críos corrían tras el vehículo lanzándole piedras.

—¡Vaya con los asquerosos polizontes! ¡Mira que venir al Río Bajo a robarnos los calzoncillos! —gritaba alguno, entre silbidos e improperios.

—¿Para qué los querrán? Seguro que el gobierno les ha cerrado el grifo y se han quedado hasta sin eso.

—¿Y qué hay de malo, hermanos, en ser pobre y no poder comprarse ni siquiera un par? Si vienen con honradez y como hombres de bien, a cara descubierta, nosotros le regalamos a cada cual un buen par de calzoncillos siberianos...

—¡Claro que se los regalamos! Pero que avisen antes, para que se los llenemos...

La gente bromeaba y reía. El abuelo Castaña había cogido un acordeón de su casa y seguía el coche tocando y cantando, mientras algunas mujeres bailaban. Con toda la potencia de su voz, alzando la cabeza tocada con una gorra de ocho triángulos y cerrando los ojos como un ciego, entonaba una vieja canción siberiana que reza así:

*¡Dime algo, hermana Lena; tú también, hermano Amur!¹
He recorrido mi tierra a lo largo y a lo ancho,
asaltando trenes y haciendo cantar mi fusil,
¡sólo la vieja taiga sabe a cuántos policías he matado!*

*¡Y ahora que estoy en apuros, ayúdame, Jesucristo,
ayúdame a empuñar mi pistola!
¡Y ahora que hay policías por doquier, madre Siberia,
madre Siberia, sálvame la vida!*

1. Lena y Amur son dos ríos siberianos. Según la tradición, la suerte de un delincuente depende de ellos; se los adora como a divinidades, se les hacen ofrendas y se les pide protección en el desempeño de las actividades criminales. Aparecen mencionados en numerosos proverbios, cuentos, canciones y poemas. De un criminal afortunado se dice que «su destino lo arrastra el Lena».

También yo corría y cantaba, alzándome sin cesar la visera de la gorra de ocho triángulos, que era demasiado grande y se me calaba hasta los ojos.

Pero al día siguiente se me pasaron las ganas de cantar, porque mi padre me azotó con su manaza. Yo había violado tres reglas sagradas: coger un arma sin permiso de un adulto; tomarla del rincón rojo, retirando la cruz que mi abuelo había puesto encima (sólo aquel que pone la cruz sobre el arma puede quitarla); y por último, tratar de disparar en casa.

Con el culo y la espalda escocidos por la tunda paterna, fui, como siempre, a que me consolara mi abuelo. Me escuchó con gesto muy serio, pero de vez en cuando le retozaba en los labios una sonrisita que significaba que quizá mis problemas no eran tan graves como parecían. Me habló largo rato, aunque en sustancia vino a decir que yo había cometido una soberana estupidez. Y cuando le pregunté por qué motivo la pistola mágica no había disparado ella sola a los policías, me contestó que la magia sólo funciona cuando el arma se usa con inteligencia y permiso de los adultos. Empecé a sospechar entonces que mi abuelo me contaba cosas que tenían poco que ver con la realidad, porque no me hacía ninguna gracia la idea de que la magia solamente funcionara con el permiso de los mayores...

Desde ese día empecé a confiar menos en la magia y a observar más las manos de mi tío y mi abuelo cuando manipulaban las pistolas; y pronto descubrí la función de esa parte importantísima del mecanismo de cualquier arma que se llama «seguro».